

El embalse 13

A*

Jon McGregor

El embalse 13

Traducción de Concha Cardenoso Sáenz de Miera

Primera edición, 2019

Título original: *Reservoir 13*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2017 Jon McGregor

© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Claire Walsh / Arcangel Images

Fotografía del autor: © Jo Wheeler

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-94-2

Depósito legal: B. 18492-2019

Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.

Impreso en España — Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

El río se mueve.
El mirlo estará volando.
WALLACE STEVENS

In memoriam
Alistair McGregor
1945-2015

1

Se congregaron en el aparcamiento antes del amanecer y aguardaron a que les dijeran qué debían hacer. Hacía frío y apenas hablaban. En el aire, preguntas que nadie hacía. La niña desaparecida se llamaba Rebecca Shaw. La última vez que se la vio llevaba una sudadera blanca con capucha. Una niebla baja cubría el páramo y la tierra estaba congelada. Recibieron instrucciones y se fueron; el duro suelo crujía bajo sus botas y las huellas desaparecían tras ellos a medida que el brezo se erguía otra vez. Era una niña de un metro y medio de altura y pelo rubio oscuro. Hacía horas que había desaparecido. Nadie levantaba la mirada, nadie hablaba, pero todos se preguntaban qué se encontrarían. Solo se oían los pasos, los ladridos de los perros en la carretera y, a lo lejos, un helicóptero de los embalses. El helicóptero había pasado la noche volando, peinando el brezo con el reflector y agitando arroyos turbulentos, pero no había descubierto nada. Las ovejas de Jackson se habían asustado y se habían dispersado después de saltar una cancela rota, y el hombre tuvo que perder horas de sueño para devolverlas a su sitio. Ni las brigadas de salva-

mento de montaña, ni las de cuevas, ni la policía habían encontrado nada, y se convocó una búsqueda a medianoche. Enseguida se presentaron voluntarios. La mitad del pueblo ya había salido a buscarla y la gente hablaba de lo que podía haber sucedido. Mala época para subir al monte, decían, algunos excursionistas de los que vienen por aquí no saben lo bruscamente que puede cambiar el tiempo, lo deprisa que cae la oscuridad. Ni se les ocurre que hay lugares donde el móvil no funciona. La niña había ido con sus padres a pasar la Nochevieja en el pueblo, se alojaban en uno de los pajares reconvertidos de Hunter Place. La víspera, al final de la tarde, habían vuelto al pueblo gritando. Hacía demasiado frío para andar por el monte a esas horas. Estará escondida en cualquier parte, decían. Se habrá caído por un barranco. Se habrá torcido un tobillo. Querrá dar un susto a sus padres. Decían muchas cosas así. Únicamente hablaban por hablar, poco importaba lo que les saliera por la boca. La niebla se disipó al amanecer. Desde lo alto del páramo, si se daban la vuelta, veían el pueblo: el hayedo, las huertas, la torre de la iglesia y el campo de críquet, el río, la cantera y la cementera de la carretera principal que llevaba al pueblo. Había mucho terreno que explorar, muchos sitios en los que la niña podía estar. Siguieron adelante. De vez en cuando destellaba en el horizonte la luz de un coche que pasaba por la autopista. Los embalses eran una lisa lámina gris metálico. Se aproximaba una densa franja de lluvia. Ahora el suelo estaba más blando, y las botas absorbían el agua turbia y aceitosa. Un helicóptero de los informativos pasó en vuelo rasante por encima de los voluntarios. Costaba esfuerzo no mirarlo y saludar. Más tarde la policía celebró una

rueda de prensa en el Gladstone, pero no anunciaron más que lo que ya se sabía. La niña desaparecida se llamaba Rebecca Shaw. Tenía trece años. La última vez que se la vio llevaba una sudadera blanca con capucha, un chaleco acolchado azul marino, vaqueros negros y zapatillas de lona. Medía un metro cincuenta y tenía una melena lisa hasta los hombros de color rubio oscuro. Si alguien veía a una niña que respondiera a la descripción, debía ponerse en contacto con la policía. Se reanudaría la búsqueda en cuanto el tiempo lo permitiera. Por la noche, en la plaza, flotaba un resplandor de televisores, humo de los generadores y vocerío procedente del patio trasero del pub. Empezaban a surgir dudas.

A medianoche, cuando llegó el Año Nuevo, los pueblos de más allá del valle lanzaron fuegos artificiales, pero estaban muy lejos para que llegara el ruido, así que nadie salió a verlos. El baile de la casa del pueblo se suspendió y, aunque el Gladstone estaba lleno de gente, el ambiente no era festivo. Tony cerró el bar al cabo de media hora y todo el mundo se fue a casa. En las calles solo quedaron los policías, algunos reunidos alrededor de sus vehículos y otros de vuelta a los montes. Por la mañana empezó a llover de nuevo. El agua que empapaba las turberas se precipitaba por los barrancos y los senderos pisoteados que descendían desde el borde del páramo. El río cargado de sedimentos saltaba por encima de las represas. En el páramo habían señalado con banderines los lugares por los que los padres dijeron que habían paseado. El viento los enrollaba y los azotaba. Las furgonetas de la televisión llenaban el aparcamiento de la

oficina de información turística, en donde se congregaban los periodistas. En la casa del pueblo se dispusieron tazas y platillos verdes en las mesas de caballetes, las teteras hervían y el olor de los bollos con panceta se esparcía a través de la lluvia. En Hunter Place salían voces de los pajares reconvertidos en los que se alojaban los padres, tan altas que el policía las oía desde la calle. Jess Hunter salió del edificio principal con una taza de té. Un helicóptero que venía de los embalses pasó ladeado, despacio, por encima del río, la represa, la cantera y los bosques. Los buzos volvieron a rastrear el río. Detrás de un cordón que había al lado del puente de caballos de carga, un grupo de periodistas, sobre cuyas cabezas se formaba una nube de vaho, apuntaba con las cámaras al tramo vacío de río esperando el momento de disparar. En los pastos de la ribera dos hijos de los Jackson se arrodillaron junto a una oveja caída. Cuando apareció el primer buzo, una lustrosa cabeza cubierta de neopreno que se movía lentamente en el agua, se oyeron los clics de los obturadores. Después apareció otro por el meandro, y luego el tercero. Por turnos, se metieron bajo el ojo del puente y desaparecieron. Los fotógrafos desmontaron rápidamente las cámaras de los trípodes y empezaron a recoger sus equipos. Uno de los chicos de Jackson cruzó el campo botando en un *quad* y les dijo a los periodistas que se fueran. El río pasaba vacío y veloz. Cerraron la cementera para facilitar la búsqueda. Al cabo de una semana brotaron las primeras campanillas blancas en los márgenes de más allá del campo de críquet, aunque el invierno no había hecho más que empezar. En la sala de profesores del colegio, las maestras esperaban con el abrigo puesto. Cualquier cosa que

se dijera habría parecido fuera de lugar. Las cañerías de la calefacción hacían unos ruidos que casi todas conocían muy bien, y el ambiente de la sala se distendió. La señorita Dale preguntó a la señora French si su madre se encontraba mejor y esta le resumió los aspectos en los que no había mejorado. La sala volvió a quedar en silencio, salvo por el golpeteo del radiador. Llegó la señora Simpson y agradeció que hubieran llegado más temprano. Todas respondieron que por supuesto, cómo no, dadas las circunstancias. La señora Simpson explicó que la idea era seguir con las clases con normalidad, pero que debían estar dispuestas a hablar de la situación si los alumnos hacían preguntas. Cosa que era de esperar. Llamaron a la puerta y entró Jones, el bedel, para anunciar que la calefacción empezaría a funcionar enseguida. La señora Simpson le pidió que no se olvidara de echar gravilla fina en el patio. Él respondió diciéndole con la mirada que no necesitaba que se lo recordara. Cuando los niños empezaron a llegar al colegio, la señora Simpson salió a la puerta a recibirlos. En cuanto entraron, los padres se quedaron en las inmediaciones hasta que vieron que cerraban las puertas con llave. Algunos parecían tener la intención de quedarse allí todo el día. Los niños mayores esperaban en la parada del autobús que los llevaría al instituto, en la ciudad. Ya eran adolescentes. Era el primer día después de las vacaciones, pero no hablaban mucho. Hacía frío y se habían calado la capucha todo lo posible. Los coserían a preguntas sobre la niña desaparecida durante todo el día, como si ellos supieran más de lo que habían oído en las noticias. Lynsey Smith dijo que seguro que la señora Bowman les preguntaría si querían hablar de ello. Puso la palabra

«hablar» entre comillas con los dedos. Deepak dijo que así al menos se librarían de la clase de francés. Sophie desvió la mirada y vio a Andrew esperando en la otra parada con Irene, su madre. Tenía la misma edad que ellos pero iba a un colegio especial. Llegó el autobús del instituto y James advirtió a Liam que no se le ocurriera soltar gilipolleces de Becky Shaw. La nieve caía y cuajaba formando una capa espesa. En la iglesia se celebró un oficio. La vicaria pidió a la policía que no permitiera acercarse a los medios. Añadió que podía asistir todo el que lo deseara, pero que nada de fotografías, grabaciones ni libretas. No quería que convirtieran en un espectáculo el dolor de la plegaria en comunidad. Aunque los coadjutores sacaron más asientos, mucha gente tuvo que quedarse de pie en las naves laterales. Los hombres que no tenían costumbre de ir a la iglesia se apoyaban en los extremos de los bancos retorciendo el sombrero entre las manos. Algunos de brazos cruzados, expectantes. Los habituales les prestaron misales abiertos por la página correspondiente. La vicaria, Jane Hughes, dijo que esperaba que nadie hubiera acudido en busca de respuestas ni de consuelo. No existe consuelo para la situación en la que nos hallamos hoy, dijo. No hay consuelo posible para los padres de la niña ni para los familiares que han venido al pueblo para ofrecerles apoyo. Tampoco para los agentes de policía que han realizado las operaciones de búsqueda. Solo podemos confiar en encontrar a Dios entre nosotros en estos momentos de aflicción. Lo único que podemos pedir es que no nos abrume un dolor en el que no debemos recrearnos sino, al contrario, que la fe nos eleve y nos permita ayudar como se nos pida a esta familia que sufre. Hizo una

pausa y cerró los ojos. Tendió las manos con la esperanza de que pareciera un gesto de llamada a la oración. Los hombres que estaban de brazos cruzados no cambiaron de postura. El coadjutor tocó la campanilla tres veces y el sonido viajó en la clara mañana por todo el valle, hasta la cantera vieja. A finales de mes salió el sol y los campos se esponjaron. La nieve de los tejados se deshacía y caía con un ruido sordo que conmovía el aire quieto. Corrían rumores, solo rumores, sobre el paradero de los padres. Se decía que estaban fuera de sí.

En febrero la policía organizó una reconstrucción de los hechos con actores de Manchester. No habían encontrado pistas y querían hacer un nuevo llamamiento a la población. Abrieron el acceso a la prensa hasta Hunter Place y dieron indicaciones sobre lo que se debía filmar. Hacía un día claro, ribeteado de escarcha. El agente de prensa pidió silencio. Se abrió la puerta del pajar reconvertido y apareció una pareja de unos cuarenta años y, detrás, una niña de unos trece. La mujer era delgada, rubia, con el pelo corto. Llevaba un impermeable azul oscuro y vaqueros negros, ceñidos, por dentro de unas botas de caña alta. El hombre era alto, huesudo, de pelo oscuro y áspero y gafas de montura negra. Vestía un anorak gris marengo, pantalones de excursionista y calzado negro. La niña parecía alta para su edad, tenía una melena rubio oscuro hasta los hombros y un gesto de fastidio muy logrado. Llevaba vaqueros negros, sudadera blanca con capucha, chaleco azul marino y zapatillas de lona. Se metieron los tres en un coche plateado que estaba aparcado a la puerta del pajar reconvertido y

salieron despacio a la calzada. Los fotógrafos corrieron a su lado. En la oficina de información turística, los actores esperaron a que los fotógrafos se situaran y después se apearon del coche y se pusieron en marcha hacia el páramo. La niña se quedó atrás y los actores que hacían de padres volvieron la cabeza tres veces para decirle que se apresurara y que no se separara de ellos: las tres veces la niña respondió dando una patada en el suelo y aflojando la marcha un poco más. Los dos adultos se cogieron de la mano y siguieron andando, y la niña apretó el paso. Más tarde se confirmó que esta secuencia de acciones se había reconstruido según las entrevistas que había hecho la policía. Los dos adultos siguieron andando hasta culminar el primer repecho y perderse de vista; unos momentos después, también la niña desapareció. Las cámaras fotografiaron el aire vacío. El agente de prensa agradeció a todos su presencia. Los tres actores volvieron del monte. La cementera reanudó su actividad y las calles se llenaron de polvo plateado. Los trenes de mercancías iban y venían por el monte describiendo una larga curva entre los árboles. Una claridad mortecina se movía lentamente por el páramo, quedaba atrapada en zanjas y barrancos inundados, y fue declinando hasta que las nubes taparon todo el cielo. Al anochecer, en la orilla del río, cerca de la represa, una garza real se detuvo a mirar el agua. Una niebla lenta cayó de los montes. A las cuatro de la madrugada, Les Thompson estaba en pie, llevando a las vacas por el patio para ordeñarlas. Unas horas después se vio a la vicaria ir a Hunter Place en coche. Estuvo allí una hora con los padres de la niña desaparecida y después no habló con nadie.



La investigación prosiguió. A finales de marzo el tiempo había mejorado y los padres seguían en Hunter Place. No había novedades. Una mañana, Jane Hughes volvió a hacerles una visita y, al pasar por casa de Jackson, lo vio con sus hijos a la puerta de la nave. Parecía que hubieran trabajado mucho y no entendieran la necesidad de que se notase. Bebían té y fumaban. De la casa salía el olor del almuerzo que estaban preparando. Will Jackson no se acordó de que tenía que ir a casa de la madre de su hijo a buscar al chico para llevarlo al colegio hasta que vio pasar a los primeros niños camino de la escuela. La furgoneta no arrancaba, así que cogió el *quad*; ya sabía que a la madre del chico no le haría ninguna gracia, que sería un argumento más contra él. Cuando llegaron al colegio, las puertas estaban cerradas y Will tuvo que llamar a Jones, que estaba en el cuarto de calderas, para que les abriera. Acompañó al chico hasta el aula. La señorita Carter aceptó sus disculpas, mandó sentarse al chico y preguntó a Will qué le parecería que organizara una visita escolar en la época de la paridera. Él respondió que la paridera ya había empezado y a ella le sorprendió. La maestra le preguntó si ya habían parido todas y él respondió que si quería organizar una visita escolar se lo pidiera a su padre por escrito. No lo había oído hablar tanto desde hacía semanas. Cuando volvió a la nave, sus hermanos estaban dentro. En su ausencia habían perdido una oveja. Se celebró una junta del concejo parroquial. A Brian Fletcher le costó lo suyo que la gente se ciñera al orden del día, aunque al final tuvo que reconocer que, dadas las circunstancias, era difícil centrarse en asuntos rela-

cionados con el aparcamiento. La junta se aplazó. La policía celebró una rueda de prensa en el salón de actos del Gladstone y anunció que estaban tras la pista del conductor de una furgoneta LDV Pilot roja. Los periodistas preguntaron si se lo consideraba sospechoso y el inspector al cargo contestó que no desestimaban ninguna posibilidad. Los padres de la niña estaban sentados detrás del inspector sin decir nada. Por la tarde un fuerte viento se llevó las nubes rápidamente hacia el este. Un mirlo pasó volando bajo por el jardín del señor Wilson con un poco de paja seca en el pico para un nido. Al pie de las hayas de detrás del Close los colémbolos se alimentaban de fragmentos de hojas secas. Por la noche, desde el monte se veían las luces de la autopista, rojas y blancas, adelantándose unas a otras, y las nubes flotando en lo alto. Habían buscado a la niña desaparecida. La habían buscado por todas partes. La habían buscado en el patio de Thompson, entre las ortigas que crecían alrededor del roble caído. Antes de abandonar, buscaron hasta debajo de las losas de pavimentar y de las planchas de contrachapado. La habían buscado en Hunter Place, en la parte trasera de los pajares reconvertidos, en las cocheras, en las leñeras y en los talleres, en el soto, en los invernaderos y en los jardines vallados. La habían buscado en la cementera, recorriendo con inquietud los enormes edificios, asomándose un poco por detrás de las carretillas y los montacargas, en la sala del personal y en la cantina, y volvieron a salir sigilosamente, con las manos y la cara cubiertas de polvo blanco. Por la noche algunos soñaron con lugares a los que podría haber ido. Soñaron que la veían bajar del páramo empapada, casi morada de frío; soñaron con ser los

primeros en acercarse a ella con una manta y llevarla a casa sana y salva.

En abril, cuando llegaron las primeras golondrinas, los excursionistas volvieron a los montes. Los oían hacer conjeturas en el aparcamiento, mientras cargaban mochilas. Hacia dónde se habría ido la niña, hasta dónde habría llegado. Hacia el norte, habría llegado a la autopista al anochecer. Hacia el este, habría topado con los embalses. Hacia el oeste, habría alcanzado las crestas, donde el brezo y la tierra se deshilachaban en el aire y la grava se precipitaba monte abajo. Con qué tiempo se habría encontrado. Y con ese calzado. Había tantos sitios por donde caerse... Cómo no la habían encontrado aún, ahora que los días eran más largos, el sol alcanzaba ya los últimos rincones del valle y los primeros helechos empezaban a desenroscarse en la tierra negra y fría al pie de los fresnos. Por las noches, en los noticiarios, se mostraban las mismas fotografías: una imagen aérea de la partida de búsqueda en el páramo; los buzos en el agua; cuando se llevaban a los padres del lugar; la fotografía de la niña. En la fotografía llevaba la misma ropa que en la descripción y tenía la cara en escorzo. Daba la sensación de que quisiera estar en otra parte, decía la gente. Los inspectores fueron a ver a la madre otra vez. A veces le hacían preguntas nuevas. En el colegio, antes de que llegaran los niños, la señorita Carter llenaba de agua unas jarras de aluminio del comedor y ponía en ellas ramas de sauce cargadas de brotes. En las huertas nacía el brócoli morado, los cogollos brotaban limpiamente, tan dulces al paladar que muy pocos llegarían a

la época de cosecha. Se vieron peritos en el monte, alrededor de Stone Sisters. Corría el rumor de que trabajaban para una empresa de canteras. El baile anual de primavera estuvo a punto de suspenderse, pero Irene propuso que se celebrara en favor de una organización pro niños desaparecidos y nadie se opuso. Sally Fletcher se ofreció a colaborar después de que Irene la mirara fijamente el tiempo necesario. Los buzos se ataron las cuerdas de nuevo y se sumergieron en el embalse mientras las garzas reales sobrevolaban la falda del monte. Las hojas volvieron a los árboles. Una lluvia fina en forma de nubes de humo regaba los campos.

El fin de semana del Primero de Mayo había cola en la carnicería, pero ni mucho menos tan larga como otros años. Ni mucho menos tan larga como necesitaban Martin y Ruth para mantener abierto el negocio. Martin no había querido hablar de esto, aunque era cada vez más evidente y nadie hacía preguntas. Irene estaba al principio de la cola contando a todo el mundo lo que sabía sobre la situación en Hunter Place. Ella limpiaba allí y sabía un par de cosas. ¿Te imaginas lo que será para los padres?, decía. Tener que vernos a todos aquí, como si no hubiera pasado nada. Ruth opinaba que, desde luego, no esperarían que la vida del pueblo se paralizase. Llegó Austin Cooper con ejemplares del boletín *Valley Echo* y los dejó encima del mostrador. Ruth le dio la enhorabuena y él se quedó perplejo un momento, pero después sonrió y se dirigió otra vez a la puerta. Irene lo miró marcharse y preguntó si Su Cooper estaba embarazada. Ruth dijo que sí, por fin, y Gordon Jackson, que estaba